

PREGÓN VIRGEN DE LA PAZ 2015

Pablo Herrera García

“Paz Señor, en el cielo y la tierra”

Señora de la Paz, aquí estoy. No sé quien tiene la culpa pero seguro que si hoy aquí me encuentro tú tienes mucho que ver; tu hijo y el padre. Y es que, cuando uno más pequeño se siente; cuando piensa que poco más puede decir; que volver a mencionar tu nombre puede sonar hasta repetitivo... una llamada que me pide, nada más y nada menos, que venga hoy a pregonarte a ti, Santa Madre de la Paz.

Gracias a quienes mandaste, a los hermanos de la Paz, a su hermano mayor; que han entendido de tu presencia que este año debía ser este humilde hijo tuyo quien te venerase, ya te adelanto madre, sin decir nada nuevo, quizá falto de palabras pues, tú lo sabes, mucho es lo que hemos vivido juntos y complicado será plasmarlo en unas breves estrofas.

SALUDA

No debo ocultarlo, ser hermano de la Paz fue y ha sido desde mi juventud un orgullo y un sentimiento hondo y profundo de quien, aún siendo un niño, ha crecido y vivido a los pies de nuestra madre de la Paz.

Hace pocos meses tenía ocasión de dirigirme a vosotros, hermanos, muchos presentes aquel día, en un acto de mi hermandad de pasión, querida y sentida, hermandad del Santísimo Cristo de la Sangre, y recordaba emocionado, y no con poca añoranza, al igual que hoy, como ya desde mis tres años fueron fuertes los lazos que me unieron con este santuario y, resulta obvio, no es por casualidad.

Aquellos años en los que apenas alcanzas a entender el por qué de las cosas y cuando ni tan siquiera tienes capacidad para plantearte por qué, siendo tan grande el mundo, comienzas tu andadura escolar, nada más y nada menos, que de la mano de nuestra Señora de la Paz.

Que cantidad de recuerdos me invaden cuando, al mirar veinte años atrás me recuerdo entrando en este santuario, de la mano de algún compañero de clase, con un nerviosismo interior difícil de explicar, los zapatos relucientes, una pequeña corbata digna sólo de los más solemnes actos y un par de claveles blancos en la mano que pocas horas antes habían sido objeto de disputa en casa entre mis hermanos para dilucidar qué clavel era de cada cual y así conseguir, cada uno, hacerse con el más grande, el más blanco, y aquel que con pasmosa

fortuna no se había tronchado en el jarrón de agua en el que descansaban la noche anterior.

Podrán imaginarse, pese a mi picardía, y aún siendo el más beatón de entre mis hermanos, por ser el pequeño, siempre solía tocarme el clavel marchito, de tallo tronchado, sin hojas... acompañado de un clavel en capullo que parecía no querer despertar para la cita señalada.

Qué larga espera. Llegaba la hora de salir de casa y casi se te olvidaba lo más elemental... mi madre siempre atenta corría a colgarnos del cuello una medalla de la virgen con cordón celeste; ahora sí, todo estaba listo; era el día de la Virgen.

Pero qué largas horas... aún ya en el Colegio las hermanas Esclavas te decían que había que esperar; queda un rato, luego bajaremos a la iglesia.

Recuerdo entonces las caras de alegría de mis compañeros y amigos pues, cuando uno miraba a su alrededor, ya dentro de clase, apreciando la emoción contenida de todos por ver a la Virgen, podía comprender lo diverso que somos.

Estaba el compañero, el cual pese a ser regla universal no escrita el saber que la ofrenda de flores consistía en DOS, y sólo dos, claveles blancos; había aparecido en clase con un ramillete de seis pares de claveles cuasi nucleares de unas dimensiones nunca vistas; al mirar al otro lado contemplaba a otro compañero que quizá dejado llevar por el daltonismo de su progenitor traía dos claveles, pero rojos; o bien te percatabas de que, el amigo olvidadizo no cayó en la cuenta de que hoy era el día de la Virgen y ni claveles, ni uniforme, ni protocolo alguno.

Una estampa que puede parecer cotidiana si bien con el tiempo he comprendido el significado de la misma. Éramos niños de apenas 3 años, tan diferentes, con nuestras cualidades y nuestras debilidades, con una inocencia difícil de describir pero que dejaba entre ver lo distinto que somos los unos de los otros. No obstante, lo curioso de la escena es que todos, tanto el que no trajo nada como el que trajo para compartir, esperábamos con ansia igual y compartida el mismo momento; encontrarnos con nuestra madre, la Virgen de la Paz para poner a sus pies nuestras personas hecha flor; una madre que como tal no defrauda y nos acogía, uno a uno, esbozando una tímida sonrisa de quien no podía resistirse a la escena.

Y qué sensación...qué difícil explicar, qué sentíamos en ese momento; precisamente era la PAZ.

Y ¿Qué es la Paz?

Si no la inocencia de un niño,
De quien no tiene maldad;
Qué es la Paz si no un sentimiento
Que te invade
Cuando repudias el mal.

Qué es la Paz
Si no el Amor
De una Madre que así entrega
Por sus hijos el sudor,
El trabajo de sus manos,
Su acogida y su perdón.

Qué es la Paz
Si no el Amor
De un matrimonio vivo
Plagado de comprensión
Que no reprocha,
Que confía,
Que vive en la comunión.

Qué es la Paz
Si no el Amor
De los hijos que acompañan
A su madre en el Dolor
Que nunca la dejan sola
Que la cuidan con fulgor.

Qué es la Paz
Si no el sentimiento firme
De ser fiel a tu trabajo
En el respeto al hermano
Y la vocación constante
De saber que todo es
Por la gracia de Dios Padre.

Que es la Paz
Si no el querer
Servir con el corazón,
Vivir quemando la vida
Con entrega y con amor;
Con la conciencia tranquila
de servir sin resquemor
al hermano que te llama
con angustia y con temor
sin confianza en sí mismo;
y apartado del Señor,
que sufre y así necesita
el mensaje de pasión
de un Cristo que no abandona
que espera, perdona y sana,
de una Virgen de Esperanza,
de una Madre que consuela,
bendita reina Serrana.

Qué allí donde vaya yo
Si me quedo sin palabras
Cuan pregunten por amor,
Por ¿cómo ser más de Dios?
Por ¿Cómo tenerlo presente?
Yo sólo sepa mirarte
A los ojos frente a frente
Y poder decir sin dudas al contemplarte y yo verte
Que tú eres la madre de Dios
Que ella es la reina por siempre
Que ella es camino hacia Dios
Que es la Paz perpetua y fuerte
Que es la imagen y modelo
Baluarte de Dios presente
Que en ella todo lo encuentras
Por ser madre de los dos;
Amor eterno voraz,
Protectora, Reina y Guía
Virgen Madre de la Paz
Y custodia de mis días.

Qué difícil describir qué es la Paz....

En muchas ocasiones escuchamos decir que la Paz es la ausencia de guerras y, aunque razón no les falta, algo más debe haber.

Pensamos en guerras de sangre, de armas, bombas y trincheras....quizá porque estamos demasiado acostumbrados a ver escenas así cada día.

Pero cuántas guerras más tenemos; guerras que nos son muchos más cercanas, mucho más propias y de las que, por desgracia, participamos con demasiada frecuencia; y que nos quitan la Paz.

Guerras sutiles, pero que muchas veces suponen destrozar a aquellos que nos rodean y de lo que, en ocasiones, no somos ni conscientes. Guerras que estamos tan acostumbrados a ver que quizá entendemos que son normales y que deben convivir con nosotros en nuestra existencia...pero créanme que esas guerras también nos quitan la Paz.

Cuando nos invade la envidia y por codiciar la fortuna de un tercero somos capaces de mentir, de inventar, de juzgar... eso nos quita la Paz.

Cuando nos invade la avaricia y somos capaces de acaparar, de amontonar, de guardar y almacenar bienes sin sentido, sin criterio y destino... eso nos quita la Paz.

Cuando nos invade la prepotencia y somos incapaces de asumir que no somos perfectos, que también cometemos fallos y que no por ello debemos pisotear a nadie para permanecer siempre por encima...eso nos quita la Paz.

Cuando nos creemos capaces de juzgar lo que los demás hacen aún sin conocer sus circunstancias, sus historias, su situación y así valoramos la vida de los demás, opinamos... eso nos quita la Paz.

Cuando buscamos el poder, la prevalencia, el sobresalir; cuando nos buscamos a nosotros sin importarnos nada el hermano... eso nos quita la Paz.

Cuando somos incapaces de entender que en la familia debe primar el amor y la comprensión y que ni el dinero, ni las envidias pueden separarnos...eso nos quita la Paz.

En definitiva tantas situaciones, tantas guerras que cada día seguro que todos vivimos, que nos marchitan, que nos destruyen y nos sangran...que nos quitan la Paz.

Paz que no sólo desaparece en nosotros sino también en aquellos contra los que cargamos y que se convierten en blanco de nuestras peores actitudes.

Por eso entonces, al hablar de Paz, no podemos hablar de un sentimiento único y personal sino, precisamente, de un sentimiento que se contagia y que, si lo tienes, se transmite.

Hay quien dice que la Paz
Es la ausencia de la guerra
Y aunque dicen la verdad
¿Cuántas guerras nos encierran?

Cuántas veces no pensamos
En el hermano que sufre
Sino en mi propia persona.
Cuántas veces antepongo
Mis deseos que son la sombra
De una Paz que no huye
Ni se ausenta por sí sola;
Sino que marcha marchita
Pues su presencia no mora
En las guerras que te acechan,
En tus negras y largas horas.

La Paz no viene y se va
La Paz siempre está presente
La Paz está viva y brilla
En la gente que la quiere;
En los hermanos que luchan
Que viven, cantan y mueren
Por una vida entregada
que no muere en su interés
sino que sigue soñando
con ser pan en quien no tiene.

Cuántas veces me he preguntado qué es la Paz, cómo es, dónde está... y era entonces cuando todos mis pensamientos se volvían a ella, a este santuario; a esas interminables horas que he pasado a tus pies; madre de la Paz.
Desde niño vengo a rezarte, a veces para contarte mis alegrías, otras para presentarte mis anhelos y mis miedos...pero siempre, siempre estabas aquí con pasmoso señorío, y con una imagen que mezcla difícilmente el semblante de una madre sencilla, que espera, acoge y escucha, con la majestuosidad de una madre divina, reina del cielo.

No podía resistirme, y no han sido pocas las veces que hasta ti me acercaba para encontrarme contigo y buscando impaciente ese manto, que cual brazo que en su regazo me acomoda, me servía al ponerme junto a él como puerta de ese encuentro en el que sólo estábamos tú y yo.

Cuántas veces he buscado la Paz, cuántas veces te he preguntado qué es la Paz...cuántas veces he podido sentir que no debía buscarla más; que en ti la he encontrado y me has enseñado dónde está.

Y quizá tú te preguntes...
Ese ¿dónde está la Paz?

La Paz la encuentras en Cristo
En Dios vivo que es perenne
En un Dios que aunque no mires
Siempre te tiene presente.

La Paz no tiene secretos
ni se mide por momentos
la Paz no tiene rincones
ni se esconde por tus miedos.
La Paz se tiene por dentro,
Ni se pesa ni se palpa
La Paz se siente y se vive
Cuando la tiene tu alma.

La Paz está en el hermano,
La Paz está en una flor,
La Paz está en el anciano,
La Paz está en el menor.
La Paz está en la familia,
La Paz está en la pareja,
La Paz está en el amigo,
La Paz está en quien trasteja
De sus propios egoísmo
Y sus guerras más complejas.

La Paz la encuentras en Cristo
Que sigue siendo mensaje
Que nos pide cada día
Que busquemos a su Madre
Pues ella tiene el camino
Y la fórmula veraz

Que ella es Madre de todos
Y es la Reina de la PAZ;
Y es la Reina de la PAZ. _____

Muchas veces buscamos lo que anhelamos en los sitios más extraños, más alejados, más surrealistas... y dejamos de mirar, de buscar, en lo que tenemos delante sin darnos cuenta que quizá lo que buscamos no está tan lejos de nosotros.

Has sido tú, madre, la que me has enseñado cómo ver, cómo sentir, como encontrar la Paz. Que ciego suele estar uno pero basta pararse a pensar en tu callada existencia para percibir, sin duda posible, que tu Paz está en el evangelio.

Tu presencia habla por sí sola y es modelo y referente de una vida silenciosa, sin lujos ni vítores... pero que, con pocas palabras, marcas en el Evangelio las huellas de la Paz.

Me cuentan que no eres mujer de grandes discursos, que no recogiste por entonces aplausos ni vítores de tus paisanos; más bien viviste una vida como una madre sencilla, que observaba discretamente como tu hijo, que conocías diferente, crecía día a día.

Pero tu presencia silenciosa no suponía tu ausencia sino, precisamente, esa palabra en el momento indicado, esa expresión, esa confianza siempre en Dios.

Tus palabras, tus dudas, tu vida, tu presencia... igual que nuestra propia vida, con tus sufrimientos, tus miedos y tus anhelos. Eso es lo que te hace una madre cercana; una madre reina en lo común y ejemplo en lo cotidiano.

Tan solo cinco son los momentos que recuerdo de tu presencia en el evangelio; suficientes, no necesito más para sentir tu Paz, para entender el camino.

La incertidumbre ante un Ángel que te anuncia, nada más y nada menos que vas a ser madre y frente al que no entiendes nada y sólo puedes preguntar "*¿Cómo será eso?*". Cuantas veces nos surgen dudas, cuantas veces no sabemos dar respuesta a las circunstancias que nos acechan y a las llamadas que recibimos.

Quizá en demasiadas ocasiones tendemos a pensar que lo que nos toca es imposible, que es cosa para otros y así intentamos encontrar esa PAZ que las dudas diarias nos arrebatan y que intentamos calmar desde nuestra propia conciencia, nuestro análisis y nuestra lógica.

Pero tú nos lo dices claro, madre, en tus momentos de duda, en aquellos que pierdes tu PAZ te diriges al padre y a él le preguntas ¿Cómo puede ser esto?

Y no te quedas en la pregunta, en el planteamiento, sino que profundizas, que sigues, que ahondas con una gratitud incomparable y una entrega sin parangón. "*He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*". Una frase de confianza, de entrega total y absoluta que no entiende de intereses mundanos sino

que fija todo su ser en la voluntad de quien, tú lo sabes bien, es fuente de PAZ. Sabes que pese a tus miedos, tus problemas, tus tormentos... debes buscar la Paz y tú la encuentras madre, en la entrega infinita a Dios.

Nos dejas ese legado y nos invitas también a dar ese SÍ desinteresado; a escuchar nuestras llamadas y a darnos sin miedos a aquello a lo que estamos llamados. Y desde la PAZ solo te sale decir GRACIAS. La Paz de quien responde, la Paz de quien cumple, la Paz de quien asume su lugar, de quien responde a su llamada, de quien se entrega no por sus propios intereses sino por sus hijos en un SI de infinito amor, la Paz de quien, nada más y nada menos, vive en la presencia continua de Dios.

A ti solo te sale proclamar la Grandeza del Señor; *“Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”* y reconoces tu humildad, tus limitaciones, tu pequeñez como mujer pero a sabiendas de que, como te decía el propio ángel, para Dios nada hay imposible.

Así María, nos demuestras que asumir nuestro papel, atender a nuestra llamada no debe ser una carga sino precisamente la respuesta decidida a la felicidad y frente a cuyo estado sólo cabe dar gracias al padre. Y ese anuncio, esa profecía de ser felicitaba, alabada, venerada generación tras generación se hace presente hoy en este que te habla y que no puede evitar recordar lo magnifico de tu obra.

Y es que, tu lo sabes madre, y así nos das testimonio, asumir nuestro lugar, responder a nuestras llamadas no siempre es fácil y requiere de una dosis de desprendimiento que en demasiadas ocasiones no estamos dispuestos a asumir. Tú lo hiciste, a sabiendas de que el camino no sería fácil. Asumir las críticas de los puristas, los juicios de quienes te observan impura, soportar ver a tu hijo perseguido, ajusticiado, castigado, maltratado... sufriendo esas guerras diarias que también te quitaban la Paz pero que sabías solventar con divina prudencia.

Fuiste madre, atenta y entregada a Jesús, al que observabas como madre del amor y al que guiabas sabiendo de dónde venía y ansiosa a la respuesta y encuentro de Jesús con su llamada en este mundo.

Había veces que ni tu misma entendías a tu hijo; *¿Por qué nos has hecho esto?*, le recriminabas en el templo de Jerusalén cuando con apenas 12 años Jesús, tu hijo, se perdió, ahora tu lo entiendes, en su búsqueda incesante de lo que, precisamente, era su llamada, su lugar. Como cualquier madre, preocupada y con la angustia del extravío intentas dar razón humana a aquello que te quita la Paz, como tantas veces nos ocurre a nosotros, hasta que entiendes que, realmente su hijo no es sólo hijo suyo y que no era casualidad eso de hallar al pequeño Jesús perdido, en el templo.

Pero para asumir esto se requiere de ser madre generosa, de entender que no sólo debe mirar por su interés o circunstancias sino que debe ser reflexiva, mujer orante, desprendida y atenta como sólo lo eres tú, virgen madre.

Poco más recuerdo de tu discreta presencia en el evangelio, ¿para qué quiero más? Si sólo me falta recordar tus consejos de madre, tu presencia en un segundo plano, que sin apenas notarse presente nunca dejas a Jesús desde que nace hasta su entrega en Cruz.

Madre consejera, madre que escucha, madre que acompaña... siempre atenta a las angustias de tus hijos; como en aquellas bodas de Caná cuando trasladas a Jesús la falta de vino, la ausencia de víveres; cuando te percatas de las necesidades más primarias de quienes te rodean y confías en la presencia de Dios ya hecho hijo; quien todo lo puede y en quien todo lo confías.

Como antes recordaba también yo fui niño y no en pocas ocasiones anduve perdido quizá, también buscando esa llamada, ese lugar...esa PAZ.

Y tú, en mi mente me buscabas pero yo sé madre, que cuando arrecian las dudas o bien la angustia me embargue, tu estás en tu santuario y a ti yo vengo a abrazarme.

Así, conforme iba creciendo tenía ocasión, casi a diario, de entrar en este santuario a veces, tan sólo, para mirarte, por unos instantes, Madre de la Paz.

Era curioso, pues en todas mis visitas había algo que no cambiaba.

El semblante de la madre de la Paz que esboza una tímida sonrisa, la cara de inocencia de un niño rey que sostiene entre sus brazos y la presencia viva y gratuita de alguna de las hermanas Esclavas del Divino Corazón.

Y es que, para mí, sería imposible concebir la imagen de la Virgen de la Paz sin las Esclavas a su lado, siendo fieles seguidoras, compañeras, servidoras...amantes en la oración a la figura de la madre de la Paz y discípulas en el mismo SÍ desinteresado de María a una vida de entrega y fidelidad total.

Han sido muchas las horas que he pasado y paso con las hermanas entre estos muros; celebraciones compartidas, cantos, comuniones; largas horas de charla y confesión con hermana Loreto... y tantos encuentros con estas hermanas que son sombra y continua compañía de nuestra madre.

Fue, precisamente en uno de esos encuentros en este templo, de la mano de Hermana Guadalupe, cuando no sé muy bien porqué terminamos hablando del color de la Paz.

Puede resultar absurdo, pero la emoción de aquella conversación me dejó algo claro y es que nuestra Paz, de una manera u otra, es diferente, es única.

Pero... ¿De qué color es la Paz?

Siempre dicen que la Paz
Es el blanco inmaculado
De una paloma que vuela,
De un semblante nacarado,
de la nieve en la montaña;
de la amapola en el prado.

Y me insisten
Que la Paz es blanca;
Si yo lo sé compañero
Si yo escucho tu plegaria;
Pero déjame por un momento
Que te hable de MI PAZ
de la Paz de mi ciudad,
de la Paz de mi Serranía,
de la Paz que yo no cambio
ni por toda Andalucía.

De una Paz no sólo Blanca
Sino del color del cielo,
De una Paz que irradia bella
Ya sea mayo o sea enero
De una Paz que es Azul
Como el agua de su Tajo,
Como el río y su aguacero
Como el manto soberano
De la reina de mi Pueblo.

Azul, azul...como el mar
Que el infinito no observo
Inmenso azul que yo añoro,
Bendito azul que en ti siento.

Que ya sé,
Que la Paz es Blanca
Pero mi Paz también es azul
Que representa la calma,
Que representa la luz.
Mi Paz es la madre vestida de azul,
Soberana y elegida por la grandeza de Dios;
Es azul porque transmite,
Serenidad a sus hijos,
Es azul porque la sueñan,
Porque la llevan consigo,

Tantos rondeños, serranos;
Joven, mayores o niños;
Es azul porque en mi Ronda
Así siempre se ha admitido;
Es azul porque no hay Mar
Y ella suple ese vacío.
Es azul porque la gente
La compara con el cielo;
Porque es reina y soberana
De los campos y de los sueños.

Es azul porque es inmensa,
Madre del pueblo y gentío,
Es Azul porque es Azul
Porque Ronda lo ha querío.

 Mi Paz azul, mi Paz eterna...la que nunca estuvo sola; siempre acompañada por algún hijo que la busca, que la sueña, que la aclama...por su propio hijo que su regazo no quiere dejarla.

Como Fray Diego, amigo incansable de la Paz, seguidor de ella, buscador, amante... una pasión por su encuentro que sólo ellos pueden entender y que, por qué no, muchos compartimos.

Más de uno nos hemos sentido como Fray Diego; Acompañado, acogido y guiado por ti, madre de la Paz; muchos hemos compartido largas horas a tus pies sin esperar nada y teniéndolo todo; con conversaciones interminables de las que lo que menos importaba era el tiempo que parecía ni existir.

Cuantos, en muchas ocasiones hemos envidiado de Fray Diego, esa complicidad con la Paz, esa madre buena que quiere y que nunca deja sola; ni en los momentos de euforia, ni cuando arrecian las olas. Y es entonces cuando descubres que tú también puedes ser, a tu manera Fray Diego; que tu también puedes ser fiel amigo de discípulo de la Paz; que ya no hace falta buscarla más; que ya esta aquí y te acompaña siempre y para siempre.

Y entonces te dices...

Quiero sentir a la Paz,
Quiero ser hijo modelo
Quiero vivir junto a ti
Como así hiciera Fray Diego;
Acógeme virgen pura
Que sin ti yo nada puedo.

Y yo me empeño en buscarte
Que necesito tu encuentro
Que necesito tu Paz
Que sin ti yo nada puedo.

Pero...

Para qué buscarte más
si al verte es fácil sentirla
pues tu sabes madre mía
que en las horas de mi vida
eres tú quien me aconseja,
quien me calma,
quien me guía;
quien mece mis horas turbias
quien recoge mi alegría
quien siente conmigo y sufre
la realidad de mis días.

Desde ese encuentro, en el que descubres que la Paz la necesitas en tu vida, que la virgen es la mejor confidente, comienzas a entender el sentido de todas las celebraciones; de todas las emociones contenidas que cada mes de mayo uno vuelve a revivir y que no son más que la celebración de quien vives y sueñas como una madre siempre tuya.

Y que me gusta enero, que me gusta verte y sentirte por las calles de mi pueblo entre el frío que acecha en pleno invierno. Entre bullicios de gente que se acercan a adorarte, a verte, a rezarte... a cantarte una plegaria por que hoy es 24 y es tu día; es el día de la Paz.

Largas colas en la Merced o en tu Santuario para llegar a tus plantas y poder verte sentada en tu trono de Reina con tu cara inmaculada.

Apenas era un niño pero era cita obligada ir a verte ese día y aunque sólo fuera mirarte y que me miraras; que tu sabes madre mía que aunque allí no hablemos, tu me hablas; y cuando de allí me iba, en mi mente te llevaba.

Reina del cielo en un trono
Brillante estrella del alba
Ya reposas esperando
Que te venere quien ama
Verte cada mes de enero
para postrarse a tus plantas.

Reina vestida de Azul
Como el cielo en la mañana
Que al acercarme deslumbras
Con tu belleza mariana
Como la estrella que brilla
Y la pólvora que estalla.

Reina coronada
Que hasta tus pies yo me acerco
Para rendirme a tus plantas
Que tan solo con besarte
En tu mano limpia y clara
Te hago mía entre mis días
Te hago aliento de mi alma.

Que es enero y es tu día,
Mes de frío y nieves heladas
Y aunque llueva, nieve o trueno,
y la tormenta no amaina
El rondeño que se precie nunca falta
A la cita señalada
Para besarte a ti madre
Y rezarte sus plegarias;
Que hasta frío tú lo calientas,
Y la tempestad la calmas.

Quien no ha vivido en alguna ocasión un besamanos, un traslado, una novena...
quien no te ha acompañado madre en cada mes de enero.
Pero debo confesarlo y tú bien lo sabes que yo soy del mes de mayo; pues por
algo será que también fue el mes en que yo nací.

Dicen que Mayo es el mes de María y es que no podía ser de otra manera, pues es
el mes de las flores. Ya desde el primero de mayo parece como si algo grande
fuese a ocurrir en nuestra ciudad y, si bien aparentemente todo sigue igual, en el
fondo todos sabemos que en muy pocos días podremos volver a entender porqué
el mes de María es el mes de las flores; por qué además de enero, mayo también
es el mes de mi Paz.

En pocos días volveremos a ver a nuestra patrona en la calle; volveremos a entender que no hay flor más exquisita ni elegancia natural comparable con la belleza de la madre de la Paz.

Mayo es el mes de las flores,
De colores y esperanzas,
Mayo es un mes de alegría
De fiestas, glorias y Pascua.

Mayo es el mes de los campos
Que florecen de la nada,
Que parecen congregarse
Pa la fecha señalada
En que la sierra y el pueblo
A sus plantas se consagran.

Mayo es el mes de la luz,
De aleluyas y alabanzas,
Mayo es mes de romerías,
Y procesiones marianas;
Es mes de júbilo y trinos,
De emociones contenidas
Y esperanzas que te embargan,
Cuando sueñas que ya es Mayo,
Y así notas que se palpa
La emoción que se desborda
Por tu pueblo que te aclama
Por volver a verte madre
Como la reina serrana
Por las calles de mi Ronda
Entre flores Coronada.

Rondeño, ¡Que es Mayo!
No te quedes en tu casa
Que ya mismo la señora
Sale a repartir su gracia.
Prepara pétalo y rosa,
Y tu balcón engalana
Que la reina de los cielos
Quiere verte cara a cara.

Tú pídele por tus sueños,
Por tus hijos y por tu casa,
Pídele por quien no tiene,
por quien llora
y quien quisiera mirarla;
pídele por quienes sufren
la soledad que te embarga
cuando piensas que es en vano
y que ya todo se acaba.

Pídele por las tristezas
Por la amargura que embarga
A quien no tiene trabajo
y a otras tierras ellos se marchan.

Pídele por los enfermos
Que luchan pero no sanan;
que necesitan de un soplo
de alegría y de esperanza.

Pídele por tus problemas
Por tus sueños y añoranzas
Pídele que te acompañe
En tu vida cotidiana;
A ti madre de mi vida
A ti madre humilde llana;
Que sin ti yo nada puedo;
Que sin ti todo me falta.

Cuantos meses de mayo he esperado ansioso tu procesión, tu día, tu fiesta.
Cuantas veces te he acompañado en tus filas, con Fray Diego o como alumno de
las Esclavas.
Cada año, aún siendo igual, es diferente pero en unos pocos versos quisiera
describir lo que yo siento; mi rezo, mi plegaria, mi momento contigo cada
segundo de mayo.

Dios te salve Soberana
Reina y Madre de la Paz
Lucero de la mañana
Esperanza celestial.

Dios te salve María
Señora de gracia llena
Patrona del alma mía
Eres tú la Madre buena
Que me protege y me guía.

¿Verdad que tú me recuerdas?
En tu mirada lo noto
Soy tu hijo que te reza
Y otra vez un mes de mayo
Vengo a cantar tu belleza.

Dios te salve María
El Señor contigo es
Entre todas las nacidas
Tú eres bendita mujer
Porque fuiste la elegida.

Porque a ti Virgen María
Desde el mismo día y hora
Que el ángel se aparecía
Ronda a ti te acogía
Como madre y protectora.

Y en el segundo de Mayo
Con alegría e ilusión
Las campanas del santuario
Anuncian tu procesión.

La Virgen se acerca ya
Con paso majestuoso
Llevada con dignidad
Por un noble capataz
Y horquilleros orgullosos.

¡Párala aquí capataz!
¡Horquillero no la mezas!
Que no le voy a cantar
Mantén a la virgen quieta

Que yo le quiero rezar.

Bendita por siempre seas
Bendita madre del alma
De la Paz eres Señora
Hija de Joaquín y Ana.

Ruega a Jesús por tus hijos
Que ante la lucha diaria
Te piden tu protección
Piden tu amparo y tu calma
Ante el mar embravecido
De las caídas humanas.

Déjame decirte Reina
Emperatriz soberana
Dueña del cielo y la tierra
Celestial adelantada
Lo más parecido al cielo
Que en el mundo yo encontrara.

Déjame decirte Paz
Déjame decirte Día
Besando tu piel tan blanca
Tú colmas mis alegrías.

Déjame decirte sol
Porque eres astro que embarga
Déjame decirte Paz
Que a tus plantas las galaxias
Hacen órbita rondando
Tu claridad meridiana.

Déjame decirte Paz,
Déjame decirte lámpara,
Que arde con el aceite
Que saco de la almazara
De moler mi corazón
Con la intención de que salga
Siempre limpia para ti
La oración y la plegaria.

Lo sabe bien quien te implora
Lo sabe bien quien te ama
Y quien al verte no puede
Evitar decirte guapa.

Y lo sabe quien te busca
Seguro en la confianza
Y lo sabe el corazón
Que te reza y que te canta
Una plegaria de Amor,
Una Salve de alabanzas
Y los piropos más bellos
Hecho requiebros de plata
Y una salve te venera
Cuando se rinde a tus plantas.

Déjame decirlo madre
Déjame decirlo Paz
Pues la Fe con que te hablo es honda
Y no me canso al decirte
Que tú virgen de la Paz
Eres la Reina de Ronda,
Eres la Reina de Ronda.

Eres la Reina de Ronda
eres madre del Rondeño
eres la Paz del gentío,
eres madre de mi pueblo.

Por algo será que te llaman alcaldesa perpetua; por qué en ti confiamos nuestros problemas y anhelos y siempre esperamos tu comprensión, tú escucha y tu aliento.

Que sería Ronda sin ti madre de Dios, madre de los pobres, madre de los desvalidos, madre de los que sufren, madre de los que lloran, madre de los pierden, madre de los que moran en la angustia diaria de la ausencia de Paz.

Por algo te dicen alcaldesa; por algo el pueblo confía en ti...

Madre Patrona de Ronda
Perpetuada en la alcaldía,
Elegida y concebida
Por tu “SÍ”, reina sencilla;
Porque cuidas de tu pueblo,
Lo sostienes y lo guías
Porque velas por sus miedos
Y gozas sus alegrías.

Que tú no entiendes de censos,
De comicios ni escrutinios,
De Campañas ni de siglas,
De investiduras ni signos.

Pues eres nuestra alcaldesa
por ser la Madre de Dios,
por ser Reina de los cielos,
por darnos tu Paz y amor;

Porque cada primavera
tu pueblo canta al unísono
sin divisiones que valgan,
sin disputas ni permisos
que te aclaman como Reina,
como madre de verdad,
alcaldesa soberana;
Patrona de mi ciudad.

Que se entere Ronda entera,
Que no hace falta votar
Para saber que quien guía
Y protege mi ciudad
Es la madre de los cielos;
Es la VIRGEN DE LA PAZ.

Pues yo ya voy terminando que mayo avanza incesante y no soy yo quien tiene que hablar pero antes de acabar quiero agradecer a cuantos, de una manera u otra habéis formado parte de estas líneas; los que me disteis ideas, los que me aconsejasteis, los que me invitasteis a que sólo dijera qué es para mi la Paz.

A mi presentador en este acto, a la hermandad y su junta, a las hermanas Esclavas que tanto me enseñaron sobre la Paz, a todos aquellos que la buscáis, que la vivís y la transmitís en vuestras vidas.

A fin de cuentas, para hablar de la Paz quizá tan solo basta, nada más y nada menos, que intentar vivirla.

Vivir la Paz, vivir en Paz os puedo asegurar que quizá no nos haga los más poderosos, los más ricos, los mejores valorados...pero lo que seguro que nos hace es más Felices.

Como el niño
Que hace años venía a este templo
Con sus flores en la mano;
Con la ilusión contenida,
Con su inocencia en un ramo
De tan solo dos claveles;
Que pueden estar marchitos,
Que intentan ser casi blancos.

De un niño que cada día
Intentaba ver tu cara;
Que venía hasta tu casa
Que crecía en tu morada.

El niño que sin saber
Presentaba su plegaria
Para pedirte por él;
Por su familia y su casa.
Por sus amigos, sus sueños,
Sus problemas y sus desgracias;
Con la inocencia de un niño
Que busca pero no halla.

Que el niño sigue creciendo,
Que el niño vive en tu calma,
Que el niño busca tu Paz
Que el niño sueña que alcanza
Estar siempre junto a ti
Madre llena de esperanza.

Que aunque uno crezca
Es un niño
Que ante sus miedos te extraña,
Que no concibe vivir,
Sin tu amparo y tu compañía.

Que pasan los años,
Que pasa la vida,
Pero tú siempre estás
Madre la bendecida,
La sencilla, la escogida
Virgen Madre de la Paz.

Que por más que pase el tiempo
Y los problemas me embarguen
Cuando sienta el sufrimiento,
Y quiera que todo acabe,
Cuando arrecien los problemas
Y la Paz de mi se aparte,
No me dejes madre mía
De mí nunca te separes.

Que yo quiero ser Fray Diego
Y a tus pies vengo a rezarte
Que por siempre yo quisiera
Estar a tu vera, Madre.

Por eso; porque te quiero
Y porque tú eres mi madre
Hoy te digo virgen mía
Con toda Ronda delante,
Que en tu regazo yo quiero
Cuando tu hijo me llame
Poder descansar por siempre
Y que nada me separe
De tu mirada de PAZ
Y entre tus brazos quedarme.

Por Pablo Herrera García
1 de Mayo de 2015